

**FERNANDO
J. LÓPEZ**

DILO EN
VOZ ALTA
Y NOS
REÍMOS
TODOS

MANUAL
(gamberro)
**DE SUPERVIVENCIA
EN SECUNDARIA**

m̃r



**FERNANDO
J. LÓPEZ**

DILO EN
VOZ ALTA
Y NOS
REÍMOS
TODOS

MANUAL
(gamberro)
**DE SUPERVIVENCIA
EN SECUNDARIA**

m̄r

© Fernando J. López, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal 662-664

08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte & Diseño. Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones de cubierta e interior: © Albert Monteys

Diseño de interior: María Jesús Gutiérrez

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-270-4292-6

Depósito legal: B. 15.073-2016

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Cayfosa, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

TEMARIO DEL CURSO

Advertencia inicial	11
I. ANTES DE QUE SUENE EL TIMBRE	13
1. Si esto fuera una película de instituto...	14
2. En educación todos somos expertos	17
3. Mitos y mentiras de la ESO	20
II. EN LA SALA DE PROFESORES	25
1. El primer claustro (o cómo empezar —mal— el curso)	26
2. Todos fuimos novatos	34
3. El libro de texto: manual de ¿uso?	43
4. La evaluación cero (o cómo seguir —de pena— el curso)	48
5. Las cañas de los viernes	51
6. Riesgos de ser tutor	54
7. ¿Quién está de guardia?	61
8. En la cafetería	68
9. Las pruebas externas (o cómo joder —del todo— el curso)	73
10. Las sesiones de evaluación	79
11. ¡Viva el voluntarismo!	88
12. El profesor tóxico	93
13. ¿Cuántos trabajos tiene un profesor?	98
14. Profesores: tipología básica	106
15. Diccionario escolar I. Lo que <i>nunca</i> decimos los profes	114

III. ¡TODOS A CLASE!	125
1. La escuela del siglo XXI	126
2. ¿Cuál es la mejor hora para dar clase?	132
3. El chicle	136
4. El mapa del aula	138
5. Decoración y <i>dress-code</i>	142
6. Deberes, muchos deberes	147
7. Métodos creativos	152
8. Exámenes y creatividad	156
9. Un 4,5 no es un 5: es un 4,5	170
10. Chuletas 2.0	174
11. Que te pongo un parte	178
12. Daños colaterales	182
13. Díselo al jefe de estudios	185
14. Alumnos: tipología básica	188
15. Diccionario escolar II. Lo que <i>nunca</i> dicen los alumnos	194
IV. ACTIVIDADES EXTRAESCOLARES	203
1. Alerta I: adolescentes en libertad	204
2. Alerta II: adolescentes de viaje	209
3. Con el <i>Quijote</i> hemos topado	213
4. Trabajar en equipo	218
V. LA SALA DE VISITAS	223
1. Los grupos de <i>WhatsApp</i> de padres	224
2. ¿Educas o enseñas?	227
3. Diccionario escolar III. Lo que <i>nunca</i> dicen los padres	230
VI. EVALUACIÓN FINAL	237
Entonces, ¿por qué nos gusta ser profes?	239
Agradecimientos	242

1.

SI ESTO FUERA UNA PELÍCULA DE INSTITUTO...

Si esto fuera una película de instituto, la primera escena nos situaría en un lugar feo, deprimente e inhóspito donde se oirían disparos, sirenas, más disparos y más sirenas. Después de mostrarnos semejante horror, un antro con agujeros de bala donde no querríamos pasar ni cinco minutos, atravesaríamos la puerta de entrada y nos encontraríamos con que, por lo que allí se cuenta, solo existe una sola clase. Todo el instituto estaría resumido en veinte o treinta chavales de otras veinte o treinta nacionalidades que, por la cantidad de cosas y tragedias que les suceden, parece —eso sí— que fueran doscientos.

Si esto fuera una película de instituto, ese centro estaría compuesto por muchos pasillos, un gimnasio, una cafetería y un aula. El pasillo sería ese lugar donde los adolescentes se magrean, beben, cierran su taquilla de una patada o de un puñetazo (este plano les encanta) y, si el director se pone en plan social, unos cuantos estudiantes macarras linchan a algún alumno para denunciar muy sutilmente cuestiones como el *bullying*. En el gimnasio, claro, habría una enorme cancha de baloncesto llena de animadoras con pompones practicando coreografías imposibles y unos cuantos atletas entrenando (sí, porque la igualdad se ve que aún no ha llegado al cine de instituto) y en la cafetería, para no perder el toque sexista, ellas se sentarían en corro ejerciendo de chicas malas y criticando al resto mientras ellos hablan de ellas o, sencillamente, no hablan y se limitan a mirarlas.

Si esto fuera una película de instituto, el grupo de alumnos protagonistas sería muy conflictivo y, a ser posible, estaría bien cargadito de tragedias familiares de dimensiones shakespearianas que darían lugar a otras tantas situaciones de violencia extrema donde nadie, salvo el educador perfecto, podría intervenir. Y, claro, ese educador perfecto... ¡existiría! El docente ideal llegaría derrotado de una vida anterior (cualquier drama nos sirve para el prólogo: puede estar hundido y acomplexado porque le dejó su pareja, porque se suicidó su mejor amigo, porque se le fugó el perro o porque tiene una oreja más grande que otra), pero al fin encontraría en el aula su verdadera vocación (palabra de la que habrá que hablar más adelante) y destinaría su vida a salvar, en un solo curso, a todos esos chavales que pasarían de odiarlo a adorarlo en nueve meses donde a todos les cambiaría la vida. Aplausos, ovaciones, flores, agradecimientos cargados de lágrimas o hasta un ejército de adolescentes subidos a una mesa como en *El club de los poetas muertos*, todo es posible como desenlace catártico tras semejante prodigio educativo.

Si esto fuese una película de instituto, la vida sería terrible durante ochenta minutos y perfecta durante los quince o veinte minutos finales. Habría mucho sexo en los baños del centro, tanto en los servicios de los alumnos como en los de profesores, y la biografía erótica de unos y otros daría para una serie tan inverosímil como *Física o Química*. Cada clase tendría un atleta vigorético, un friky informático, un gay gracioso, una intelectual incomprendida, una romántica tímida, una líder en potencia, un macarra con buen corazón, un macarra a secas (que si no hay malo en condiciones, el rollo shakespeariano no funciona) y una animadora cruel que acabaría encontrando la bondad en su *fashionista* corazón. Ninguno de ellos tendría otra faceta en su vida aparte de la descrita, de manera que no serían personas, sino etiquetas, hasta que el profesor perfecto viese en ellos su talento oculto y los

convirtiera a todos en genios de futuros rutilantes y esperanzadores... Por supuesto, acabarían siendo grandes amigos entre sí más allá de sus diferencias y en la escena final lo celebrarían cantando a diestro y siniestro en plan *Glee* o prometiéndose amistad eterna como los de *Grease* (una de esas películas que, confesémoslo, todos hemos visto un número indecente de veces).

Pero no. La vida en las aulas no se parece en nada a las películas de instituto, que más que al cine social pertenecen al género de la ciencia ficción. Porque los conflictos no estallan todos a la vez, ni se resuelven felizmente al final de cada curso, ni la realidad es siempre épica y los problemas tan identificables y obvios. Todo es más cotidiano, más invisible y, por supuesto, más difícil, porque el *bullying* no es una escena de linchamiento en un patio, sino una mirada de desprecio, un mal gesto, un insulto entre dientes o un comentario en Instagram... Todo es más complejo y, también, más apasionante para quienes amamos esto de la educación: por eso hay tanto enamorado de la tiza aunque, a fecha de hoy y con los palos que nos llevamos con solo decir que somos profes, semejante pasión resulte incomprendible.

Profesionales que seguimos convencidos de que la educación puede cambiar las cosas y que nos negamos a que los obstáculos del día a día nos desanimen. La clave de semejante adicción es digna de estudio, pues el sistema se encarga de torpedear cualquier posible pasión docente con un sinfín de trabas, además de las que habrán de soportar los alumnos para culminar con éxito su etapa de la ESO y Bachillerato. Todo un hallazgo educativo que consigue cabrear por igual a docentes, alumnos y padres y del que unos y otros acabamos convirtiéndonos en auténticos supervivientes. Deberíamos hacer camisetas con «Yo sobreviví a la ESO» o, por lo menos, unas cuantas chapitas para repartir entre todos los miembros de la comunidad educativa.

El cómo de esa supervivencia es difícil de explicar. A no ser que esos locos que creen que la educación puede mover el mundo lleven razón y la tiza sí que tenga algún tipo de superpoder, por pequeño que sea. A falta de un profesor Keating que nos salve a todos y nos haga subirnos a una mesa, tendremos que creer que las supertizas también existen. O casi.

2. EN EDUCACIÓN TODOS SOMOS EXPERTOS

Si hay una profesión opinable, es la docencia. Nadie saca en una charla con amigos, entre cañas, cómo cree que deberían trabajar los electricistas. Ni los ingenieros de caminos. Ni los endocrinos. Pero todo el mundo sabe perfectamente cómo deberíamos trabajar los profesores. Cualquiera nos puede enseñar, en apenas unos segundos, el camino hacia la educación perfecta y poner de relieve todo lo que hacemos mal para mostrarnos el buen camino.

Por supuesto, ninguno de los que te aconsejan tiene la más remota idea de lo que habla ni ha entrado, desde sus tiempos del BUP, en un instituto, pero se sienta contigo y te calienta la cabeza con recetas mágicas que ha leído en algún post de Facebook, en algún manual de pseudoautoayuda o en algún artículo escrito, a su vez, por otro periodista que también pontifica sobre educación sin experiencia ni investigación alguna.

Tú intentas aplicar tu paciencia docente, que mira que la tienes entrenada, pero te das cuenta enseguida de que prefieres mil veces a tus treinta adolescentes por aula (o más de treinta, si han tenido a bien recortar el claustro en tu instituto) antes que soportar a esa caterva de adultos que, desde un insufrible buen-rollismo, te explican cómo debes dar tus clases para que la utopía educativa se haga real. Por supuesto, en cuanto comienza la conversación aparece la palabra de moda:

FINLANDIA

Todo el mundo te pone la cabeza como un bombo con lo estupenda que es la educación en Finlandia, como si hubieran estado viviendo en Helsinki diez años cuando lo único que han visto, con mucha suerte, es algún que otro vídeo de dos minutos de YouTube. Intentar razonar con ellos y explicarles que a lo mejor —solo a lo mejor— la realidad socioeconómica y demográfica de Finlandia no es, digamos, idéntica a la de España acaba siendo una absoluta pérdida de tiempo, así que asistes a la descripción de ese Paraíso escolar finlandés donde todo es perfecto, maravilloso y mágico. Algo así como Nunca Jamás, pero en versión Secundaria.

Entre las opiniones que te dan tus amigos, tus conocidos y, cómo no, también los padres de tus alumnos, están los que te acusan de ser demasiado duro y creen que deberías exigir menos. Los que te acusan de ser demasiado blando y creen que deberías exigir más. Los que te acusan, a secas, porque no saben ni cómo eres ni lo que exiges, pero de entrada, todo lo que hagas les parece fatal. Los que quieren más medios digitales, los que odian los medios digitales, los que quieren medios digitales pero poco, los que quieren medios digitales pero mucho, los que quieren que los alumnos participen, los que quieren que no participen nunca, los que creen que antes se hacía todo mucho mejor, los

que creen que antes se hacía todo mucho peor, los que no creen nada porque no se acuerdan de cómo se hacía antes pero les parece que ahora, desde luego, se hace de pena... El festival de opiniones no tiene fin y, sobre todo, es un tema de conversación muy jugoso y que viene muy bien como relleno social en cierto tipo de situaciones.

A veces, esas situaciones pueden llegar a ser televisadas y entonces el carrusel de despropósitos se llama *tertulia*. Se suele invitar a un pedagogo que, a ser posible, también hace unos veinte años que no pisa un aula (requisito *sine qua non*, por cierto, para cualquiera que desee ser ministro de Educación) y se le rodea de gente que opina sobre la enseñanza y que dispone de la misma información sobre el tema de la que yo puedo tener para opinar sobre física nuclear. La diferencia es que a ellos les dejan pontificar sobre mi trabajo mientras que a mí me prohibirían asomarme al plató para cuestionar lo que hace un físico, pero a nadie le parece extraño que cualquiera se erija en súbito experto en educación porque, a fin de cuentas, todos lo somos.

Luego, por supuesto, nos rasgamos las vestiduras con lo poco que se respeta a los profesores en este país y hasta lanzamos campañas de concienciación con grandes pancartas publicitarias y lemas sonrojantes del tipo *Son tus profes: quiérellos*, donde se nos convierte en una suerte de especie protegida que más que respeto, da muchísima pena. *Anda, trátalos bien, que aunque no lo parezca, son personas*, se desprende de esos mensajes paternalistas y ridículos que no sirven de nada. Porque el respeto es imposible cuando hay tanta gente que disfruta desacreditándonos y dejando bien claro que la docencia es algo que cualquiera podría hacer mejor que nosotros. *El que sabe, sabe y el que no, enseña*, entrañable refrán que resume cuánto y cómo se valora desde siempre la labor docente en nuestro país...

Así que, en el futuro, creo que cuando salga el tema educativo en una conversación voy a empezar a darle la vuelta y, en vez de tratar de convencer a mis interlocutores sobre la dificultad de la enseñanza, o sobre sus problemas, o sobre su realidad, me voy a limitar a preguntarles cuál es su oficio y a opinar sobre ello. Y me da igual que sean alergólogos, arquitectos o ebanistas, estoy seguro de que tendré muchísimo que aportar, criticar, juzgar y proponer, aunque sean auténticas sandeces. Porque, a fin de cuentas, ¿quién no es un experto en alergología, arquitectura o ebanistería? Pues en educación, lo mismo. Así que, adelante, opinemos.

3.

MITOS Y MENTIRAS DE LA ESO

Si hay una opinión extendida entre la *generación coñazo*, a la que, por desgracia, pertenezco (sí, esa que insiste compulsivamente en que nosotros también hicimos la EGB y ha decidido que esos años fueron la cumbre de nuestra vida), esa opinión es que «antes había mucho más nivel».

Curiosa observación hecha por un sospechoso grupo de treintañeros que echan de menos rebobinar casetes con bolígrafos (acción que parece que les diera un placer casi orgasmático), han convertido *Los Goonies* en una especie de *Ciudadano Kane* o extrañan ver películas con el Cinexín. Sí, el Cinexín, esa cosa que solo permitía visionar escenas sueltas (y mudas) y que no se veía

bien lo proyectaras donde lo proyectaras. Pues esta generación de pre-nostálgicos (porque si a los treinta y tantos ya nos ha dado por contar batallitas, tendré qué pensar dónde esconderme cuando cumplamos los setenta) tiene clarísimo que en la ESO no hay nivel, que salen mucho peor preparados que nosotros y que donde esté la EGB y el BUP, que se quite todo.

¿Que la ESO tiene deficiencias?

Sin duda.

¿Que la EGB y el BUP eran perfectos?

Ni de broma.

Los contenidos de ambos modelos son prácticamente los mismos, aunque secuenciados de manera diferente y, a ser posible, bajo nombres de asignaturas que impidan reconocerlos. La diferencia no es que ahora estudien menos, la verdadera diferencia es que la mayor parte de las veces no tenemos muy claro qué es lo que estudian.

A eso hay que sumar, por supuesto, el baile de reformas (donde ya debemos haber batido algún tipo de récord internacional) que hace que las asignaturas entren y salgan del programa como si hubiera una gigantesca puerta giratoria. Así que de repente estudian Música y de repente no, o se les educa para la ciudadanía y luego se decide que total, para qué queremos que sean ciudadanos cuando es mucho mejor que vayan dando coces por ahí, o se les deja sin Plástica porque, seamos serios, a quién le puede importar el arte en un país como este donde apenas ha habido algún que otro pintorcillo reseñable...

Claro que peor aún que las asignaturas que entran y salen, como Música y Plástica, lo tienen las asignaturas que solo salen: las lenguas muertas o, más bien, lenguas asesinadas (en breve

solo quedará un tímido recuerdo de su existencia que lo mismo da para una nueva saga generacional a lo *yo también estudié Latín*) y la Filosofía, pues hay quien ha decidido empujar con fuerza a ver si se cae de una vez del plan de estudios o se queda como optativa y pensar acaba siendo igualmente optativo (y minoritario), que es de lo que realmente se trata.

¿Así que los que afirman que ahora hay menos nivel tienen razón? Claro, porque todos ellos se saben perfectamente las declinaciones del griego clásico, conocen los secretos de la música barroca y son expertos en la filosofía de Wittgenstein. Es tan falso como eso: ni antes sabíamos más ni ahora saben menos, tan solo tenemos lagunas diferentes, porque si algo tienen en común todos los sistemas educativos es que son imperfectos.

Esa imperfección, por supuesto, siempre tiene un mismo culpable: el profesor del nivel anterior. La cadena funciona así: los profesores universitarios se quejan y culpan a los de Bachillerato, los de Bachillerato se quejan y culpan a los de la ESO, los de la ESO se quejan y culpan a los de Primaria, los de Primaria se quejan y culpan a los de Infantil y los de Infantil se quejan y culpan a..., bueno, como a ellos no les queda nadie a quien echarle la culpa, suelen quejarse poco y trabajar mucho (aunque seamos uno de los países que menos valora su importantísima labor).

Mucho se habla del corporativismo docente, que si nos cubrimos, que si nos ayudamos, que si no somos críticos, pero aunque esa actitud corporativista exista —y sí, por desgracia, es una realidad en cierto sector— nunca se aplica a los de una etapa educativa que no sea la nuestra. La culpa del bajo nivel de nuestros alumnos siempre es del profe del año anterior, o del profe del centro anterior, o hasta de un profe de una vida anterior, en definitiva, de cualquier sintagma que incluya el adjetivo *anterior* y que nos permita descargarnos de responsabilidad, porque bastante

tenemos con sobrevivir a nuestras miserias como para, además, rellenar lagunas ajenas.

Esas lagunas, que a veces son océanos, también son el resultado del incomprensible a la par que creativo diseño de los planes de estudio. Planes que, estoy seguro, son trazados por sociópatas que disfrutan distribuyendo los contenidos de manera imposible y, sobre todo, ilógica. Así que un alumno puede estudiar un año la literatura medieval sin que nadie le cuente qué era la Edad Media hasta el curso siguiente, total, para qué buscar coherencia con lo divertido que es eso del *flash-forward*.

Eso sí, por lo menos se le explica todo en varios idiomas, a ser posible, en español e inglés. Y puede que el sistema bilingüe tenga muchos problemas, porque se hizo de manera apresurada y chapucera (algo que nunca habría ocurrido en Finlandia, donde las cosas se hacen siguiendo su orden), pero la generación de la ESO es la primera que habla otros idiomas sin esa vergüenza y esa expresión de asumida catetez que tiene gran parte de la generación «que también hizo la EGB» (dichosos nosotros) cada vez que sale al extranjero. Que sí, que estudiarse a los Catholic Kings por aquello de la enseñanza bilingüe tiene su punto surrealista, no vamos a decir que no, pero ya me habría gustado a mí tener la opción de asistir a un centro bilingüe público (no olvidemos ese último adjetivo) y recibir una educación que siempre ha estado limitada solo y exclusivamente a quienes la podían pagar.

Por supuesto, también están los que dicen que ahora los alumnos se portan mucho peor, que no hay respeto, que no hay disciplina, que no... Y luego te sueltan alguna burrada que hicieron en sus tiempos del BUP. Pero lo suyo es una gracia y lo de ahora, un descontrol... Ninguno de los que opina algo como eso se ha asomado a un instituto real, ni se ha fijado en que, además de los problemas de disciplina que ha habido y habrá siempre, ahora

mismo casi todas las iniciativas a favor de la convivencia que funcionan en esos centros son puestas en marcha por sus alumnos y un puñado de *voluntaristas* (docentes que suelen cargar encima, por *voluntad* propia y de manera no remunerada, con todo cuanto se hace en el centro escolar). Iniciativas como programas contra el acoso escolar, asociaciones culturales, actividades solidarias de recogida de alimentos o de trabajo a favor de ciertas causas, etc. Puede que esta generación tenga problemas de redacción en cuanto se les prohíbe usar emoticonos, sí, pero también tienen una conciencia social que nos da unas cuantas vueltas a quienes tuvimos su edad unos años atrás.

La máxima de que cualquier tiempo pasado fue mejor siempre me ha parecido un error. Y en educación, más. En educación no tiene sentido mirar hacia otro tiempo que no sea el presente. Porque en el hoy está la clave del futuro. Y la nostalgia *egebera* mejor la dejamos para los memes (y memeces) de las cadenas de *WhatsApp*.